

el último día de la cristiandad (1). ¿Quién era, pues, aquel temible enemigo? No eran ya pueblos en masa, como los innumerables Bárbaros que se abalanzaron sobre el imperio romano, eran partidas de 500, de 200 piratas (2). ¡Y en el inmenso imperio que asolaban no encontraron resistencia alguna! Sería increíble el hecho, si los contemporáneos, víctimas de sus incursiones, no lo hiciesen constar. En cada línea de los anales se lee: « Los Normandos matan, roban y queman; nadie se les resiste » (3). Los Normandos despreciaban por completo á los Francos, dueños del Occidente. Cuando Cárlos el Calvo reunió un inmenso ejército para combatirlos, los piratas insultaron á sus enemigos: « ¿ Por qué venís á buscarnos? Ya sabemos quienes sois; si quereis que vayamos á buscaros, irémos » (4). El Emperador no halló más que un medio de resistir á los bandidos, y fué pagar sus correrías; les dió diez millones en ocho años. En su insolente orgullo, los Normandos exigieron de él que devolviese los prisioneros francos que se habian escapado, y que pagase una indemnizacion por cada Normando muerto (5). Otro emperador recurrió al asesinato para librarse de un jefe de piratas (6).

Los historiadores explican de diversas maneras esta postracion de un gran imperio, esta debilidad de una gran nacion que acababa de conquistar la Europa. Unos acusan á los grandes y á los reyes de complicidad con los Normandos (7). Otros censuran

(1) « *Populum christianum usque ad internecionem devastari.* » (PERTZ, I, 521).

(2) *Annal. Bertiniani*, ad a. 865 (PERTZ, I, 470).

(3) *Annal. Fuldens.*, ad a. 853: « *Nemine resistente* » (PERTZ, I, 368); *id.*, ad a. 888 (PERTZ, I, 371): « *Nemine scutum opponente.* »—*Annal. Vedastini*, ad a. 882 (PERTZ, II, 200): « *Normanni totum regnum ferro et igne devastant, nemine sibi resistente.* »—Ad a. 885 (PERTZ, II, 261): « *Normanni populum christianum necant, captivant, nemine resistente.* »—Ad a. 887 (PERTZ, II, 203): « *Datoque tributo, quia nullus erat qui eis resisteret.* »—Las palabras *nullo resistente* se repiten en cada línea; véanse los mismos Anales, ad a. 889, 896, 897 (PERTZ, II, 205, 208).

(4) *Annal. Vedastini*, ad a. 885 (PERTZ, II, 201).

(5) *Annal. Bertiniani*, ad a. 886 (PERTZ, I, 471).

(6) *Reginon. Chronic.*, ad a. 885 (PERTZ, I, 595).

(7) HINCMAR acusa á los grandes del reino de haber rehusado su concurso para combatir á los Normandos (BALUZE, t. II, p. 102 y sig.). En sus *Anales* (PERTZ, I, 470).—HINCMAR acusa á Lotario de complicidad con los Norman-

la cobardía de los Francos; un monje contemporáneo se queja de que los ejércitos huían ántes de que comenzara la batalla; los mismos Normandos decían que en el país de los Francos los muertos tenían más valor que los vivos (1). *Sismondi* explica la cobardía en una nacion en la que parece innato el valor, por la servidumbre á que la casta privilegiada habia reducido á las masas (2). Creemos que la verdadera causa de la debilidad de un gran imperio en presencia de un puñado de piratas, era la disolucion de la sociedad. La sociedad era presa de la anarquía y del bandolerismo en el interior, y hé aquí por qué no tuvo fuerza para rechazar á los Normandos (3).

Nithard, uno de los mejores historiadores del siglo IX, dice que Carlo-Magno hizo la felicidad de todo el Imperio (4). No ponemos en duda la buena voluntad del gran emperador; pero, á pesar de todo su poder, fué impotente para proteger á los débiles contra las violencias de los grandes. Su amigo y admirador *Alcuino* lo dice (5). Uno de los primeros actos de Ludovico Pío fué enviar comisionados á todas las partes del reino, para enterarse de las quejas y ponerles remedio: « Los comisionados, dice un contemporáneo, hallaron una multitud de oprimidos despojados de su patrimonio ó privados de su libertad, opresion que ejercian por maldad injustos gobernadores, condes ó vizcondes. El Emperador devolvió su patrimonio á los oprimidos y libertó á los que

dos. La misma acusacion se dirige contra el rey Luis en el *Chron. S. Benigni Dicionensis*, ad a. 848 (BOUQUET, VII, 230).

(1) El duque Ragner, dando cuenta al Rey de los daneses de la toma de París, dice que no habia encontrado resistencia más que en casa de un viejo llamado *German*, muerto hacía largo tiempo, en cuya casa habia entrado. AIMOIN cuenta con este motivo un milagro de *San German*, que castigó á los Normandos por haber robado su iglesia (*Miracula S. Germani*, c. 12. BOUQUET, t. VII, p. 350).

(2) SISMONDI, *Historia de los franceses*, t. III, p. 92.

(3) « *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur.* » LIOUP, abate de Ferrières, cita estas palabras de *S. Luc.* (XI, 17), al hablar de la invasion de los Normandos (*Epist.* 31, ad *Guenilon. Episc.*, en BOUQUET, VII, 494).

(4) NITHARD, *Hist.*, I, 1 (PERTZ, II, 651).

(5) ALCUIN., *Carmen* 271 (BOUQUET, V, 413):

*Opprimit et miseros quorundam sæva potestas....
Impune discurrunt facientes furta latrones,
Ultiores scelerum sunt etiam socii.*

habian sido reducidos á una servidumbre inicua... Esto duró por largo tiempo» (1).

El mal que Ludovico Pío comenzó á reprimir aumentó durante las guerras civiles que desgarraron su reinado. Él mismo se queja de los criminales proyectos de los tiranos que se levantaban en el reino y que amenazaban con quebrantar su unidad (2). Las guerras privadas (3), las violencias de los grandes, las insurrecciones de los oprimidos acabaron por convertir el Imperio en presa del bandolerismo; en lugar de proteger la sociedad, los condes y los jueces protegían á los malhechores y se asociaban á ellos. Casi todas las capitulares de Carlos el Calvo van dirigidas contra los bandidos (4). Los concilios lanzan gritos de angustia, recurren á las imágenes de la Biblia para pintar lo abominable de la desolación: «Las profecías se cumplen: *Vuestro país no es más que desolación y vuestras ciudades están ardiendo; los extranjeros devoran á vuestro país en presencia vuestra. La espada ha penetrado hasta el corazón, porque extranjeros se han levantado contra mí, y gentes violentas que no tienen delante de sus ojos á Dios piden mi vida*» (5). Al fin del siglo IX, las quejas son aún más lamentables. «Los bandidos, dice una capitular de 883, cometen impunemente toda especie de excesos; el mal es general; se olvidan las palabras de Dios: *Los ladrones no heredarán el reino de los cielos*. Realizamos en nosotros mismos la profecía de Isaías: *Cada uno devorará la carne de su brazo*. Nosotros despojamos á nuestros hermanos. Hé aquí por qué somos presa de las rapiñas de los Normandos. ¿Cómo hemos

(1) THEGAN., *Vita Ludovici*, c. 13 (PERTZ, II, 593). C. ERMOLDI NIGELLI *Carmen*, II, 173 y sig. (PERTZ, II, 481 y sig.)—Compárense las quejas de los Concilios, en tiempo de Carlo-Magno, sobre la opresión de los pobres (*Concil. Turon.*, 813, c. 44, 45. MANSI, XX, 983).

(2) *Epist. gener.*, a. 828 (BALUZE, I, 659): *Sepe scandala per tyrannos in hoc regno exsurgunt qui pacem populi christiani et unitatem imperii sua pravitate nituntur scindere.*

(3) *El Concilio de París* de 829 dice al Emperador: «En gran detrimento de la paz del reino, hay quienes, para satisfacer su odio y las malas pasiones que les animan, se arrojan indebidamente el derecho de castigar y de matar so pretexto de vengar al prójimo» (MANSI, XIV, 600).

(4) *Capitul. a. 853*, tit. XIV, c. 3 y sig. (BALUZE, II, 65).—*Capitul. a. 857, de Raptoribus* (BALUZE, II, 62).

(5) *Ibid.*, a. 862 (BALUZE, II, 153).—*Capitul.*, a. 861, tit. 34 (BALUZE, II, 153).

de salir vencedores cuando marchamos contra ellos, saciados de la sustancia de los nuestros, haziados de la sangre de los cristianos?» (1). La disolución era la misma en todas las partes del imperio; en Alemania, en las Galias, en Italia. Dominaba la fuerza bruta (2); era la guerra de todos contra todos, era una anarquía espantosa (3).

¿Cuáles eran las causas de esta disolución interior que minaba la sociedad? El *Monje de San Gall*, para exaltar la gloria de su héroe, compara el imperio de los Francos con el imperio de los Romanos: «El Todopoderoso, despues de haber derribado al coloso con piés de barro del imperio romano, ha levantado con las manos del ilustre Carlos otro coloso no ménos admirable con cabeza de oro, el del imperio de los Francos» (4). La comparación no es tan gloriosa como creía el cronista franco; las dos monarquías universales tenían piés de barro. Cuando la invasión de los Bárbaros, el mundo romano estaba en disolución, no tenía ya fuerza para resistir al enemigo, porque moría de inanición. ¿Cuál era el principio de aquella decrepitud? La esclavitud y la absorción de las nacionalidades. La misión de los Bárbaros era fundar las naciones y destruir la esclavitud. Un nuevo orden social debía reemplazar al antiguo; la sociedad romana debía pues perecer. Ahora bien, Carlo-Magno empleó su genio en resucitar el imperio. Vana tentativa! La sociedad continuó disolviéndose. Era una necesidad, pero la disolución produjo una debilidad que toca en la inanición, y fué acompañada de males que hacen de los siglos IX y X la época más triste de la historia. Los hombres libres perecen. El Estado perece. No hay más que opresión y tiranía locales. En esta decadencia hay un germen de progreso, pero no se

(1) BALUZE, II, 283 y sig.—C. *Concil. Tullense*, II, *Præfat.* (MANSI, XV, 557): «*Peccatis nostris agentibus, omnes leges, tam divinæ quam humanæ, contemptæ sunt omnique ordo religionis confusus, solumque maledictum, et mendacium et adulterium et homicidium inundaverunt, et sanguis sanguinem tetigit, et propterea vorata est terra, et infirmatus est omnis qui habitat in ea.*»

(2) Preámbulo del *Concilio de Maguncia* de 888 (MANSI, XVIII, 61).—C. *Concil. Trostlej.*, a. 909, *Præf.* (MANSI, XVIII, 265): «*Potentior viribus infirmiore[m] opprimit et sunt homines sicut pisces maris qui ab invicem passim devorantur.*»

(3) LEO, *Historia de Italia*, lib. III, c. 3, § 3.

(4) MONACH. SANGALLENS., *de Gestis Caroli*, I, 1 (PERTZ, II, 731).

desarrollará sino bajo el régimen feudal. Entre tanto todo parece que muere; el mundo espera la muerte.

Comprendemos los sentimientos que esta muerte universal inspiró á los espíritus elevados que fueron testigos de ella. Nada más triste que las épocas de decadencia y de transición. Asistimos á una trasformación análoga, pero al ménos esta se realiza en el seno de la paz y de la civilización. La desmembración del imperio franco y la muerte del mundo antiguo se realizaron en medio de la barbárie. Sin embargo, aunque compadeciendo los dolores de los hombres del siglo IX, no podemos maldecir con ellos á los débiles sucesores de Carlo-Magno; nos felicitamos más bien de que el gran emperador no haya tenido sucesores dignos de él; otros Carlo-Magnos no hubieran hecho más que contener una disolución que había llegado á ser necesaria para los intereses de la humanidad. No podemos maldecir con ellos las invasiones de los Bárbaros del Norte y del Mediodía; Dios envió á los Normandos, á los Húngaros y á los Sarracenos, como un huracán, para poner fin á un mundo que debía perecer. No podemos maldecir con los historiadores modernos la barbárie que siguió á la ruina de la sociedad antigua, porque la cultura romana no era ya más que decrepitud y corrupción; si se hubiese sostenido, hubiera infectado y gastado á los Bárbaros. La disolución era un hecho providencial. Los largos sufrimientos de los pueblos no fueron estériles. La monarquía universal queda destruida, las naciones van á nacer, y estas naciones no serán ya una estrecha aristocracia de ciudadanos con un mundo de esclavos bajo sus piés, sino que serán sociedades de hombres libres.

§ III.—Carlo-Magno.—Su misión.

Oigamos la voz de los siglos sobre la grandeza de Carlo-Magno. El rudo vencedor de los Sajones halló entre los vencidos un cantor de su gloria: «La tierra, dice el poeta Sajón, no veía otro semejante» (1). La humanidad parece haber confirmado este mag-

(1) POETA SAXO, de *Gestis Caroli Magni*, v. 644 (PERTZ, 273).

nífico elogio. En la Edad Media se hizo de Carlo-Magno un ideal. La tradición acumuló sobre su cabeza todo lo que hubo de grande á su alrededor, todo lo que la imaginación pudo crear de grande; brilló como una estrella solitaria en medio de una profunda noche. La Iglesia le colocó en el número de sus santos.

En los tiempos modernos, los partidos más opuestos han tenido elogios para Carlo-Magno. Los teócratas lo celebran «como uno de los grandes hombres que han existido, un hombre tan grande que la grandeza ha penetrado en su nombre, y que la voz del género humano le ha proclamado *grandeza* en lugar de grande» (1). La aristocracia idealiza á Carlo-Magno y su tiempo. «Roma, dice el conde de *Boulainvilliers*, no ha tenido nunca más grandeza y esplendor que la que la sabiduría de este monarca procuraba á su nación, reunida en parlamento.... Carlo-Magno es el único de nuestros reyes que merece el bello título de Grande» (2). La democracia coloca al rey de los Francos entre los defensores de la libertad: «Examínese de cerca la conducta de Carlo-Magno, dice *Mably*, y se le verá siempre escrupulosamente atento en respetar la libertad que había dado á su nación, con la mira de destruir en ella el espíritu de servidumbre y de tiranía, y hacer de ella el instrumento de las grandes cosas que meditaba» (3).

La filosofía proclama la grandeza de Carlo-Magno por la elocuente boca de *Montesquieu*: «El príncipe era grande, el hombre lo era más. Hizo admirables ordenanzas.... Se ve en las leyes de este príncipe un espíritu de prevision que comprende todo, y una cierta fuerza que arrastra todo.... Vasto en sus designios, sencillo en su ejecución, nadie tuvo en más alto grado el arte de hacer las cosas más grandes con facilidad y las difíciles con prontitud.»

La literatura no ha cesado, desde los poetas de la Edad Media (4), de celebrar á aquel que restauró las letras: «Carlo-Mag-

(1) DE MAISTRE, *del Papa*, lib. II, c. 6.

(2) BOULAINVILLIERS, *Historia del antiguo gobierno de la Francia*, t. I, páginas 112, 218, 210, 211.

(3) MABLY, *Observaciones sobre la Historia de Francia*, lib. II, c. 2.

(4) Un poeta del siglo IX dice de Carlo-Magno: «*Summus apex regum, summus quoque in orbe sophista*» (BOUQUET, t. V, p. 399).

no es un héroe civilizador como Alejandro. Alejandro ha helenizado el Oriente; Carlo-Magno ha latinizado el Occidente. Ambos han sido celebrados con el nombre de Grandes, como bienhechores de la humanidad. La grandeza de Carlo-Magno consiste en haber trabajado para los siglos futuros y en haber impulsado á la sociedad moderna por las vías por donde debia marchar. La luz que ha reanimado no se ha extinguido jamas y no se extinguirá más que con el sol» (1).

No han faltado en este unánime concierto los historiadores. *Sismondi*, poco favorable á los Germanos, dice que «Carlo-Magno presenta uno de los más grandes caracteres de la Edad Media..... Anticipándose á la civilizacion, dominó sobre los Bárbaros por la fuerza del espíritu y de las luces..... Arrastró tras de sí en el camino de la civilizacion á las naciones germánicas..... Echó los fundamentos de un nuevo orden para la Europa» (2).

¿Quién se ha de atrever á contradecir el juicio del género humano? Sin embargo, cada siglo rehace la historia del pasado; las apreciaciones históricas cambian con el progreso de las ideas. El ideal del siglo XIX no es el de los siglos anteriores; aún reconociendo la grandeza de Carlo-Magno, no dirá que el emperador fué más grande como hombre que como príncipe; no se prosternará ante un santo de moralidad sospechosa y que bautizó con sangre á todo un pueblo; no admirará al legislador cuyas leyes fueron impotentes para proteger la libertad contra la violencia; no irá á buscar en el siglo VIII un defensor de la democracia; la restauracion de la civilizacion romana será á sus ojos pequeño título de gloria. Todos estos elogios están más inspirados por el espíritu de partido, por las preocupaciones que por la verdad. ¿Cuál ha sido, pues, la mision de aquel á quien la humanidad ha proclamado grande por excelencia?

Las monarquías universales tienen su mision, aún cuando violen las leyes de la naturaleza humana. Roma preparó el camino al cristianismo; este beneficio justifica su dominacion. Pero no se libró de la fatalidad que pesa sobre toda monarquía universal, y

(1) AMPERE, *Hist. literaria de Francia*, t. I, p. 21; t. III, p. 19.

(2) SISMONDI, *Historia de las repúblicas italianas*, t. I, c. 1.

degradó y envileció á los pueblos. Los Bárbaros estaban llamados á devolver la vida á la humanidad moribunda, depositando en el Imperio los gérmenes de las nuevas naciones. La reconstruccion del Imperio era, pues, un desacertado retroceso hácia el pasado, una empresa contraria á la lógica de la historia y á los designios de la Providencia. Así, la obra de Carlo-Magno fracasa; su imperio se disuelve, su centralizacion deja paso al feudalismo, felizmente para el porvenir del género humano, porque aquel imperio germánico producía ya los mismos males que el imperio romano; la opresion, la despoblacion, la decrepitud. Pero el que el edificio político de Carlo-Magno se haya derrumbado, ¿significa acaso que el Emperador haya llenado en vano el mundo con su nombre? Ha fundado la civilizacion europea, llevando el cristianismo á los pueblos bárbaros de la Alemania y consolidando el pontificado. Carlo-Magno mismo sentía que su destino estaba íntimamente ligado con el del cristianismo; escribió al papa Leon: «Tengo la mision, con el auxilio de la misericordia divina, de defender por todas partes con las armas á la santa Iglesia de Cristo contra los ataques de los paganos y el estrago de los infieles, y de consolidarla en lo interior y lo exterior por la profesion de fe católica» (1). Sin embargo, aún como defensor de la Iglesia, el rey de los Francos no ha tenido más que una mision temporal. Si las relaciones de la Iglesia y el Estado se hubiesen conservado tales como existían en tiempos de Carlo-Magno, los emperadores se hubieran convertido en califas. Carlo-Magno ha preparado, sin quererlo, el camino al pontificado. Así el mayor de los príncipes ignoraba el fin hácia que marchaba. La grandeza del hombre, puesta enfrente de los destinos del género humano, no es más que pequeñez, ni su gloria más que vanidad. Sólo Dios es grande.

(1) *Epist. ad Leonem Pap.* (BALUZE, I, 274).